POEMA

[PIEDRA]

Adalber Salas Hernández

Todo empieza con una piedra
en medio de la sala de estar.
Cuando despiertas la encuentras allí,
previsiblemente quieta, casi inofensiva.
Como el rastro de algo ya sucedido
o como un cachorro abandonado por su madre.
No sabes por dónde entró; las ventanas
están intactas, las puertas están cerradas. No hay
ninguna grieta: todo está liso como la piel lisa
de la piedra. No ha podido venir del jardín
(no tienes jardín). Nadie la trajo. La observas
con desconfianza. Al cabo de unas horas,
te parece que tal vez se ha movido o puede que
se trate de las sombras que se adhieren a ella como
sudor frío. Cuando anochece (no sabes cuándo ha anochecido),
decides acostarte temprano y dejas a la piedra
en su sitio, con la misma precaución que tendrías
con el huevo de un animal prehistórico.
A la mañana siguiente, entras a la sala de estar
y encuentras dos piedras, una junto a la otra,
no exactamente ordenadas, sino
con una especie de camaradería, como si entre ellas
se partiera el pan de un secreto.
De nuevo revisas puertas y ventanas, incluso revisas el techo,
el suelo. Los encuentras lisos y escasos como la piel lisa y escasa
de las piedras. De nuevo decides quedarte
mirándolas hasta la noche. La luz se desliza por ellas
precavida, con el cuidado de un padre
que vela el sueño de sus hijas. Esta vez te acuestas más tarde;
has perdido la noción del tiempo. Al despertar
encuentras en la sala de estar ocho piedras,
distribuidas, o eso parece, al azar. La sorpresa te detiene;

la quietud de las piedras te parece menos previsible.
Nervioso, repasas cada pared y cada esquina de la casa,
pero todo está indemne: liso y escaso y demorado
como la piel lisa y escasa y demorada de las piedras.
Incluso consideras inspeccionar la caja de arena
del gato (pero no tienes gato). No consigues comer,
has perdido el apetito. Cierras todas las cortinas;
temes que el sol las esté haciendo crecer. Piedras
que se multiplican con el resplandor, soles minúsculos,
insidiosos. Te sientas a vigilarlas, por si hacen algo,
pero las horas pasan sin sorpresas.
Te despierta el amanecer, te habías quedado
dormido en la silla, acodado sobre la mesa. Ante ti,
cubriendo el piso casi por entero, las piedras: decenas,
cientos de ellas. Corres a la habitación: están
bajo la cama, en el armario. En la ducha también.
Tratas de calmarte. Te preguntas si se estarán filtrando
por las cañerías. Registras la cocina y el baño con cuidado,
pero se ven lisos y escasos y demorados y hambrientos
como la piel lisa y escasa y demorada y hambrienta de las piedras.
Por un momento consideras irte, pero temes
que las piedras tomen la casa y no te dejen entrar.
Esa noche sueñas que las piedras ocupan las tuberías.
La casa gime como gimen los animales
cuando sufren sin entender por qué. Te despierta un estruendo:
en la sala de estar, la mesa se rindió bajo el peso de las piedras.
Apenas puedes entrar; debes vadear para moverte
entre las habitaciones. Montado sobre la cama, te desnudas
y estudias cada resquicio y cada pliegue de tu cuerpo,
buscas el lugar por el que puedan haberse colado.
Pero eres liso y escaso y demorado y hambriento y amargo como
la piel lisa y escasa y demorada y hambrienta y amarga de las piedras.
Estás agotado y no recuerdas cuándo fue la última vez
que comiste. Los párpados se te cierran
(¿o hay piedras que pesan sobre ellos?). No sabes cuándo
te quedaste dormido. Las piedras ya no caben en la casa;
han roto varias ventanas y tumbado una de las paredes.
Incluso se derramarían sobre el jardín (pero no tienes jardín).
Pronto cederá el techo y entonces la casa se derrumbará
sobre sí misma. Y las piedras siguen apareciendo. Nadie las trajo.